

**ACADEMIA MEXICANA
DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**



DISCURSO DE RECEPCIÓN DE:

José López Portillo y Weber

Sillón: 5

18 de abril 1934

RESPUESTA DEL ACADÉMICO:

Atanasio G. Saravia

Los Cronistas de la Conquista de Nueva Galicia

DISCURSO DE RECEPCION PRONUNCIADO POR EL
ACADEMICO DON JOSE LOPEZ-PORTILLO Y WEBER
EL DÍA 18 DE ABRIL DE 1934.

Señor Presidente de la Academia Mexicana de la Historia,
Señores Académicos,
Señoras y señores:

Unos cuantos estudios históricos en cuyo abono sólo puedo alegar el cariño y entusiasmo con que fueron escritos, me granjearon, por extrema benevolencia de sus jueces, el inmerecido y temible honor de ser designado miembro de esta sabia corporación.

El nombramiento fue recibido por mí con tanto júbilo como zozobra, cosa explicable, sabiendo quiénes son los colegas que se verán obligados a alternar conmigo.

Confieso sin falsa modestia que carezco de méritos para juzgarme al nivel de tan eminentes historiógrafos; pero también declaro que esta distinción me ha estimulado, y que si un estudio continuo y una labor incesante bastan para ello, no me sentiré, bien pronto, fuera de lugar en la Academia.

Y no tendré que violentar para lograrlo mis tendencias naturales, que desde temprana edad me han inclinado a este género de estudios. La Historia es para mí la Ciencia Suprema, que abarca y encierra en sí todas las otras. Hasta las hay que corren catalogadas con retumbantes nombres griegos, como entidades de vida independiente, cuando en realidad son pura Historia.

La Historia produce en quien como artista la estudia, la emoción estética de un drama cuyos personajes representan con la naturalidad perfecta de lo cierto; en el que se agitan violentas las pasiones; en el que chocan las masas humanas que se mueven por el grandioso escenario de la Naturaleza. En el curso de la representación alternan las situaciones trágicas con las apacibles, y las simplemente

cómicas con las grotescas. El enlace de los hechos a veces nos desconcierta. Se alzan y, descuellan personalidades eminentes que por instinto catalogamos en cuanto las conocemos, y a menudo vemos al malvado convertirse en, héroe, y en cambio el santo se metamorfosea en demonio. Es que como lo dice con otras palabras Francisco A. de Icaza, ningún hombre es bueno, ni malo, ni incoloro exclusivamente. En el fondo de nuestro ser se encuentran latentes las tres tendencias, que luchan de continuo y se sobreponen en sucesión unas a otras.

Para mentes geométricas la Historia es una ciencia económica, exacta, árida y fría cuyo estudio participa de la belleza glacial propia de las lucubraciones aritméticas.

Pero la Historia no es exclusivamente un arte de pura belleza ni una ciencia, sólo especulativa. Es todo eso a la vez. Su estudio va rasgando la niebla que oculta la energía en obra y nos revela las causas psíquicas y económicas que producen efectos que a su vez se trasmutan en causas. La trama es tan compleja, los hilos aparecen a veces tan íntimamente enlazados, y en otras tan independientes, que la apreciación se extravía en una selva de complicaciones inesperadas, o bien percibe de pronto el punto en que convergen fuerzas en apariencia dispersas y hasta contrarias. La Historia nos muestra que cuanto somos y cuanto nos rodea, en el hombre y fuera del hombre, hierve en acciones y reacciones cuya sucesión, que a veces creemos casual y sin raíces, es tan precisa como las que obtiene un químico en su laboratorio. Esto no quiere decir que lo que ocurra sea "fatal". Este término parece implicar cierto capricho irrazonado. No. Cuanto sucede es lógico e inevitable. No es verdad que lo que ocurra sea lo mejor de lo que podría ocurrir. Es lo *único* que puede ocurrir. Y el hombre, en el desarrollo de estas combinaciones, no representa un papel pasivo. Es colaborador en la obra, y la Historia le da conciencia de sí mismo.

El estudio de la Historia nos empieza a revelar las leyes que rigen la vida humana, las cuales no podremos alterar jamás; pero sí está en nuestras manos aprovecharlas, como lo hacemos con las que gobiernan ciertos aspectos de la vida de las cosas y de los animales.

El estudio de la Historia es básico y debería considerarse como esencial para todo hombre. Nada hay quizá, que sea tan trascendental como la necesidad que la Humanidad tiene de aplicar el principio socrático y conocerse a sí misma.

El historiador representa, pues, un papel importantísimo en la vida de la Especie. Su labor se divide en tres partes: la primera, de estudio, de observación, atenta, tenaz y prolongada de cuanto pueda servirle, sin despreciar nada, pues todo puede servir; la segunda, de meditación intensa, concentrada, y creadora; y la tercera de redacción sincera y veraz, y yo agregó que apasionada de las conclusiones a que lo conduzca su análisis. La verdad presenta tantas y tan cambiables facetas, que cada uno debe aspirar a decir la que perciba, con la seguridad de que no será menos cierta que alguna otra que quizá le sea opuesta. Sólo de la integración nacerá la verdad absoluta.

Así concibo yo la Historia y el papel del historiador, y de acuerdo con estas ideas he escrito el primer tomo de la Historia de la Conquista de Nueva Galicia, que tengo casi concluido.

Elegí, como tema de este discurso, las fuentes en que me he basado es decir:

LOS CRONISTAS DE LA CONQUISTA DE NUEVA GALICIA.

La Historia de México está por escribirse. Hasta este momento, cuanto se ha ensayado no ha sido sino la preparación de la futura historia que ha de informar de los orígenes y formación de nuestra patria. Particularmente cuatro épocas han atraído la atención de nuestros historiadores: La Conquista, la Independencia, la Guerra con los Estados Unidos, y las Luchas Religiosas de la mitad del siglo pasado. No trato de la Revolución, porque como nos encontramos en el pleno ejercicio de actividad de las fuerzas que la produjeron, me parece prematuro hablar de su Historia. La Revolución se está desarrollando, y su Historia, en realidad, se encuentra aún en el periodo de las Memorias. Afirmo que la Historia de México está por escribirse, porque apenas en nuestros días los historiadores estudian las fuentes. Antes, aceptaban un prestigio y copiaban incansables lo asentado por éste.

Para mí el más interesante de todos estos períodos es el de la Conquista. Fue entonces cuando nació nuestra patria, cuando la

bárbara presión de la guerra y el fuego de las batallas empezaron a fundir tribus diversas y enemigas entre ellas y con los blancos invasores. Es también el más amplia y copiosamente estudiado, y sin duda alguna el mejor documentado. Sin embargo, dista mucho de ser conocido en todos sus aspectos, de haberse medido su alcance, y de haberse apreciado debidamente las consecuencias que tuvo. Y en ciertos casos, hasta sus mismos hechos se ignoran o desdeñan.

La Conquista fue consumada en dos grandes empujes: El primero fue el que hicieron Hernán Cortés y sus capitanes, y durante el cual se conquistó la región comprendida entre Pánuco, Mextitlan, parte Norte del dominio Azteca, Michoacán, Colima, parte de Sayula, y de allí hacia el Sur, hasta las Hibueras.

El segundo fue debido a Nuño de Guzmán y los suyos, y trajo como consecuencia la extensión del dominio español sobre toda la parte Norte del país. Quizá haya abarcado éste mayor superficie que el primero.

La Conquista de Hernán Cortés es de sobra conocida. El mundo entero sabe y admira las hazañas del Extremeño y de los hombres de hierro que lo seguían, y la heroica resistencia que le opuso la tribu azteca. Los documentos auténticos de los contemporáneos que nos narran los sucesos de esta Conquista, han sido estudiados y analizados hasta casi agotar la materia. Sabios historiadores mexicanos y extranjeros han tratado de sus dramáticos incidentes, llenos de fuerte colorido.

En cambio, la Conquista de Nuño de Guzmán es prácticamente desconocida y pocos parecen haberse dado cuenta de la trascendencia que tuvo. Tan rica en interés dramático como la de Cortés cuando el empuje original que sojuzgó los inmensos territorios, se convierte en epopeya incomparable con la Gran Rebelión de la Raza Roja en Occidente, que por diez años enteros tuvo en jaque el poder español y estuvo a punto de lograr para ella la Reconquista del país. El interés romancesco crece durante la campaña de exterminio que llevó a cabo el Virrey Don Antonio de Mendoza, quien afianzó para tres siglos el dominio de la Corona peninsular sobre lo que fue Nueva España y Nueva Galicia, con todas sus posteriores irradiaciones, y culmina en los episodios novelescos del asedio a Guadalajara, defendida por Cristóbal de Oñate.

La trascendencia económica de esta conquista es incalculable.

La zona conquistada se convirtió en la región agrícola, en el granero de México, en la parte del país habitada casi exclusivamente por criollos campesinos cuya tenacidad de trabajo ha logrado hacer rica y productiva una zona de tierras pobres. Abarca desde Jalisco al Norte toda la Costa Occidental; de ella salió naturalmente la Conquista de las regiones de la actual Frontera y de los inmensos territorios de las Provincias Internas, hoy pertenecientes a Estados Unidos; y en los primeros tiempos incluyó en sus términos hasta Tamaulipas y parte de Veracruz, por San Luís Potosí.

La historia de esta Conquista, del sangriento avance de Nuño y sus capitanes; de la marcha interminable de Francisco Vázquez Coronado en pos de un sueño de reinos y ciudades de riqueza fantástica hasta el riñón de lo que es hoy territorio de Estados Unidos; de la muerte de Pedro de Alvarado; de la gesta de Cristóbal de Oñate; del heroico e indomable valor de Tenamashtli, el caudillo cashcan, son desconocidos o desdeñados de la mayoría de nuestros historiadores, me recen apenas unas pocas líneas en los libros, y aun sus hechos a menudo son falseados.

Sin embargo, las relaciones de los atores contemporáneos abundan, y ofrecen la inapreciable ventaja de este género de documentos: nos revelan no sólo el hecho, sino la psicología de los protagonistas. Voy a citar estas fuentes de historia haciendo breve análisis de las características principales de cada una.

* * *

Por largos años se tuvo como única fuente sobre estos sucesos la Crónica Miscelánea del Padre Tello en la cual se narraban, tanto la marcha de Francisco Cortés de San Buenaventura de Colima al Río de Santiago, como la Conquista del propio Nuño y la Rebelión de los montañeses de Jalisco, Zacatecas y Nayarit. El Padre Tello, que escribió un siglo después de los acontecimientos, se basó principalmente, para la Conquista, en la relación de un cacique llamado Francisco Pantecatl, quien es muy probable que tomara parte, primero en las luchas contra Nuño (es posible que peleara en Atecomatlan, esa batalla magistralmente concebida por un Napoleón indígena que yo creo se llamaba Ocelotl), y después en la rebelión contra los españoles. Estaba interesado, con justo motivo, en ocultar de los vencedores sus actividades bélicas. Debido a esto observamos en la Crónica el curioso fenómeno de que, en tanto que el

Padre Tello habla y pondera sin cesar las crueldades de Nuño de Guzmán (que por tradición eran proverbiales), la narración sólo se refiere a dos ligeras escaramuzas: las de Tonalá y Cuitzeo; y en cambio el resto sólo trata de festividades y alegrías en las cuales de ninguna manera se demuestran la dureza y ferocidad que se atribuyen a Nuño. La Conquista, según el Padre Tello fue una verdadera "Guerra de Encajes".

La campaña de Cortés de San Buenaventura, inspirada también en Pantecatl, se ve fría y falta de nervio, de vida y de ese *algo* indefinible que la verdad infunde en las historias.

Tiene un mérito único esta obra: es la sola fuente indígena de la Historia, llena de curiosos detalles y hechos significativos para quien sabe entresacarlos.

La Crónica del Padre Tello sirvió de base a Mota Padilla, al Padre Frejes y al Padre Ornelas, cuyas historias, naturalmente, adolecen, de los mismos defectos y tienen las mismas cualidades. Es muy probable que el Padre Frejes tuviera a la vista, también, la Relación de Pedro de Carranza; pero poco partido sacó de ella.

Para acontecimientos posteriores el Padre Tello estuvo mejor documentado. Seguramente pudo valerse de las dos Relaciones Anónimas (publicadas por García Icazbalceta, como Primera y Segunda), que narran el avance de Lázaro de Cebreros hasta Sonora. La veracidad con que las reproduce es una garantía de su probidad como historiador, y nos confirma en la idea que tenemos de este escrupuloso sacerdote y cronista, casi genial por todos conceptos.

Para la emocionante historia de los sucesos que culminaron en el ataque a Guadalajara por los indios rebeldes, y en el espectacular y dramático triunfo, de los españoles mandados por Cristóbal de Oñate, se valió el Padre Tello de una relación que escribió Juan Delgado, Encomendero del Teul, por orden de la Audiencia de Guadalajara, relación que, por lo menos para los combates librados cuando el asedio de esa ciudad es decididamente fidedigna y de mucha importancia. La Crónica es no sólo fundamental, sino bellísima también: La escena de la llegada de Joan de Villarreal ante el temible Adelantado de Guatemala descrita por el Padre Tello, es de sabor caballeresco y viril, digno de una epopeya medieval. La belleza literaria e intensidad patética del capítulo que el Padre Tello consagra a la muerte del mismo Pedro de Alvarado, lo hacen comparable a cualquiera de las obras punzantes reconocidas como magistrales en la literatura universal.

En resumidas cuentas podemos considerar que el Padre Tello no está bien informado de los sucesos de la Conquista de Francisco Cortés de San Buenaventura, ni de la de Nuño de Guzmán; pero que para los posteriores aprovechó muy valiosos documentos, y que su Crónica es una de las más ricas fuentes.

* * *

Desgraciadamente respecto de las Conquistas de Colima, de la provincia de Avalos (Sayula), y de la Costa Occidental de Jalisco, no he encontrado documento alguno fidedigno.

En cambio para la Conquista de Nuño de Guzmán, la estrechísima residencia a que se sometió a éste, fue causa de que pulularan las "Relaciones", muchas de las cuales se conocen y han sido publicadas; y estoy seguro de que en los archivos de México y de Indias se encuentran varias otras que aportarán datos preciosos. Sin embargo, lo ya conocido basta para tener la seguridad de que, salvo en detalles secundarios, los sucesos están perfectamente dilucidados.

Al leer todas estas relaciones impresionan dos cosas: Primero: la veracidad y sinceridad con que fueron escritas, pues rara vez se adivina en ellas falsedad alguna, y cuando adolecen de algún vicio, es a lo sumo de ocultación.

Segundo: La coincidencia de lo asentado en todas ellas respecto a los acontecimientos principales. Se demuestra por medio de ellas, pudiéramos decir que por intersecciones, la verdad de los sucesos históricos a que se refieren.

* * *

La más importante es la formada por la Relación al Rey escrita por el propio Nuño de Guzmán desde Chiametla (hoy Sinaloa), que se encuentra publicada en el Tomo 13, de la Colección de Documentos Inéditos del Archivo de Indias, de las páginas 356 a 393 inclusive, y por las diversas cartas de Nuño.

La Relación parece ser la segunda enviada por Nuño de Guzmán. Se refiere a los sucesos comprendidos desde la salida del reino Purépecha (Tarasco), hasta la llegada al señorío de Aztlan, aunque no a la capital. Puede verse por esta Relación que Nuño era hombre de

cultura relativamente escasa a pesar de haber estudiado en la Universidad de Salamanca; que su capacidad militar era menos que mediana pero que sus proyectos no carecían de grandiosidad y que para llevarlos a la práctica empleó una enorme energía que le permitió dominar su hueste mucho más de lo que Cortés dominó la suya. Esplende en esta Relación el carácter férreo, cruel, rapaz y cínico del diabólico Presidente de la Audiencia, y tiene importancia incomparable porque nos revela el pensamiento oculto que rigió todas las marchas y maniobras del ejército. En ocasiones hace justicia a los vencidos, cuyo valor pondera; pero jamás en ningún caso manifiesta un átomo de humanidad o caridad. La Relación de Nuño será interesante no sólo para los historiadores; sino también para los psicólogos.

No resisto la tentación de reproducir como prueba de lo anterior ciertas líneas de los escritos de Nuño, que nos revelan vigorosamente algunos rasgos del carácter del caudillo español, y nos ayudan por lo mismo a comprender el sello peculiarísimo de su Conquista. Advierto que tan significativas como las que siguen, hay muchas más:

Orgullo de Casta: Pide al Rey que le haga merced de su conquista, "como *noble* y capitán general que soy de Vuestra Majestad".

Cinismo e inconsciencia: "Si licencia he dado de sacar esclavos de la Provincia de Pánuco, hícelo por la pobreza y necesidad que la tierra tiene y vecinos de aquella villa... y púdelo hacer, pues no tengo mandamiento de, Vuestra Majestad para que no se hiciese ni por instrucción ni cédula, y *en lo hecho pienso haber servido a Dios y a Vuestra Majestad*"...

Fanfarronería: "...Y aunque son muy recias las rodelas, no faltaron aquel día brazos para pasarlas con las lanzas, al indio, y a ellas..."

Avaricia: "...Quedaron heridos cincuenta caballos, de los cuates son muertos seis... Y a mí cupieron dos y hago saber a Vuestra Majestad que valen a cuatro cientos pesos de minas y más y por eso hago minsión de ellos..."

Crueldad gazmoña: "...Ahí se cortó un pie a un mozo de espuelas mío, porque habla medio cortado una mano a otro... y porque quedase enterrado el pie, se puso una cruz..."

Respeto al enemigo valeroso: "...Podían ser tres mil o más, escogidos de los valientes de ellos, que bien lo parecieron en el pelear..."

Canallería : "...Hice dar — (entiéndase, *volver*)—, mantas y toda la

gente que se había tomado, de los cuales algunos se iban de mala gana *especial las mujeres..*".

Mentira: "...Procedí contra él—(el Rey de Michoacán)—, y hallado ser verdad...yo lo sentencié a quemar, como por el proceso que de ello se hizo se podrá ver..."

Este proceso no se hizo jamás, según parece.

Adulación: "...Otro día se hizo una procesión con un Te Deum Laudamus, dando gracias a Dios por la merced y victoria que nos había dado *en la virtud de Vuestra Majestad*, que en verdad la tengo por grande, según lo poco que yo merezco"...

Estas palabras traen a la memoria las del Almirante japonés Togo después de la Batalla de Tsushima, ¡pero qué diferencia!

Ingenuidad y codicia "...Toda aquella tierra es templada... tratan plata y también oro y ropa, aunque a los comienzos todos lo niegan, y al presente yo no les demuestro la voluntad de querello, *ni que vengo a ello*; aunque todos dicen que lo darán, yo les he mandado decir que no tengo necesidad de oro, sino de que sean buenos y sirvan y no sacrifiquen.... "

La relación de Nuño no se limita a informe militares. En el fondo de todo aventurero español del Siglo XVI, se hallaba siempre un geógrafo intuitivo, y Nuño no es una excepción de esta regla. Sin la justeza de observación y vigor literario de Cieza de León, sus, descripciones, aunque someras, son gráficas. Así vemos con él la Barranca, que "llegaba a los abismos"; contemplamos con él, bajo el azul cobalto de los cielos, a la suave luz de los atardeceres jaliscienses, las verdes llanuras cultivadas por los tecos; nos detenemos ante la áspera Cashcana, vericuetos infranqueables de abismos y montañas, callamos ante el solemne silencio de la urbe mística del Teul, con las majestuosas masas geométricas de sus templos aislados en abandono imponente; escuchamos el murmullo de los ríos tropicales; caminamos bajo la sombra misteriosa de los palmares. Y descubrimos, con él, que aquellas belicosas tribus, semillero de héroes, eran labriegos; que las claras linfas de los arroyos montañoses arrastraban "arenitas de oro"; que los arreos de los totorames de Teimoac eran tan iguales a los de los aztecas aliados, que en los combates se producían dolorosas y lamentables equivocaciones; que la marcha de la hueste se verificaba como la de una nao, dirigida por un piloto que observaba el cielo y situaba geográficamente los puntos. Nos damos cuenta del estado económico de aquella sociedad indígena

neolítica, de su mentalidad primitiva e ingenua, etc. La Relación de Nuño, es un valiosísimo documento.

Sigue en importancia la Relación de Gonzalo López¹. Este Gonzalo fue miembro de una noble familia sevillana, pues uno de sus hermanos alcanzó la dignidad de Caballero Veinticuatro. Vino Gonzalo a Anahuac con Hernán Cortés, probablemente entre los secuaces de Diego Velásquez; fue de los incondicionales del Factor; íntimo de Peralmindez Chirinos; de las fuentes de información del chismoso Diego de Ocaña, y naturalmente, por conveniencia propia, gravitó hacia Nuño de Guzmán con cuya conquistadora hueste se unió cuando estaba por salir de tierras purépechas (tarascas). Sirvió primero como lanza franca; pero después de retirado el incoloro Villarroel, que era maestre de campo, lo sustituyó en el cargo, al cual supo inyectar enérgicamente, desde luego, la poderosa vitalidad que lo animaba, a pesar de ser por aquél entonces hombre ya maduro, pues Don Luís de Velasco, en 1554, lo contaba entre los Conquistadores con encomienda que no podrían tener hijos por razón de su edad proveya.

La relación de Gonzalo López es tan interesante como la del mismo Nuño, y tiene sobre ella el mérito de una exposición militar más clara, más comprensible, más vívida, porque Gonzalo López fue un magnífico soldado. Cubre además toda la expedición, incluyendo su marcha final de grandiosa audacia, cruzando la Sierra Madre en Sinaloa e internándose hacia el Este en busca del Golfo de México. ¡Empresa condenada al fracaso por la absoluta falta de elementos!

Las cualidades de Gonzalo López quedan opacadas por la fría crueldad que rigió siempre su conducta. Dos simples transcripciones bastarán' para demostrar la temperatura glacial de su corazón:

Después del combate de Cuitzeo, Nuño exigió al vencido Cacique que le proporcionara indios cargadores y comida; y como el Cacique opuso a la petición su inercia indígena, véase cómo narra Gonzalo López lo que siguió:..."no se pudo acabar que diese cosa ninguna; mandó —(Nuño)— traer un perro, hízole morder algunas veces, y no aprovechó nada; quedó de las mordeduras bien fatigado; mandó poner fuego a ciertos (haces) que ahí estaban, y dejó a aquel principal aperreado, aunque no muerto". ¿Se quiere mayor prueba de

¹ Col. de Doc. Ined. del Arch. de Indias, Tomo 14. Pág. 411.

indiferencia e inhumanidad, tanto en quien mandó, como en el que cuenta?

Otra. Después de la gran inundación de Aztatlan vino la rebeldía del señorío de Jalisco y Nuño envió a Gonzalo a combatir con los rebeldes. _He aquí cómo cuenta el caso nuestro héroe: ..."les dió —(Nuño)— por esclavos y mandóme volver con cierta gente de acaballo y peones para que les hiciese guerra a fuego y sangre... y vine a hacer lo que me fue manado, lo cual se hizo conforme al delito que ellos habían hecho, de donde se sacaron y herraron hasta mil esclavos"...

La actividad de Gonzalo era maravillosa: él construía balsas; edificaba puentes; dirigía exploraciones; cuando la aterradora inundación que en Aztatlan estuvo apunto de acabar con el ejército de Nuño, fue Gonzalo López quien resueltamente, en "pánicos", o sea paños menores, se echó al agua a buscar salvación para el Ejército, y fue él quien reforzó la ampolla de tierra en que encontraron refugio precario los que escaparon de la catástrofe. Fue él quien marchó en busca de refuerzos y regresó a castigar a los rebeldes. ¡Y con qué dureza! El fue, también, quien dirigió las maniobras como un experto general.

En su narración, a pesar de la frialdad que parece haber sido característica de este sujeto, se observa cierta animación que la hace en extremo interesante.

La Relación de Joan de Sámano², sigue en importancia a la del maestro de campo, y a veces la iguala. Los dos conquistadores parecen, haber sido grandes amigotes y compinches.

Joan Sámano nació en Santa Gadea, en Rioja, Provincia de La Montaña, de una familia noble y lo bastante influyente para que uno de sus miembros, primo y homónimo de nuestro héroe, lograra la envidiable posición de Secretario del Rey. Sámano vino a la Nueva España con una vasta experiencia guerrera, pues había luchado en las guerras de los comuneros y contra los franceses en Europa; después, a las órdenes de Garay en la Huasteca; y luego siguió guerreando a las órdenes de Hernán Cortés en las Hibueras y en otras muchas partes, para concluir uniéndose, *de buen grado*, a la hueste de Nuño de Guzmán. Fue también Regidor y Alcalde Mayor de la Ciudad de México, por nombramiento del Rey. Todavía,

² Documentos para la Historia de México---29 Tomo. Pág, 262.

hallándose en plena Conquista, fue designado Contador en las futuras empresas de Hernán Cortés. Su Relación está calcada de la de Gonzalo López a quien a veces copia literalmente; pero en las partes que de modo inevitable tuvo que escribir por sí solo, se manifiesta a la altura de su amigo, cuyas cualidades, defectos, y reacciones y procesos psicológicos parece haber compartido en forma tan extraña, que la afinidad entre ambos es digna de estudio minucioso. Sámano es un espléndido militar. Sus descripciones de combates son hechas con tanto acierto y comprensión, como las del propio Gonzalo López.

La Relación de Sámano es inapreciable. Puede considerarse que con la de Gonzalo López forma la exposición militar técnica más cabal y completa escrita sobre la Conquista de nuestro país, y quizá sobre la de toda América, sin exceptuar siquiera las Relaciones de Hernán Cortés (que concebía, pero no explicaba), y de Bernal Díaz del Castillo (que narraba admirablemente, pero ni concebía ni explicaba, pues para él los combates eran un conjunto de duelos personales).

Gracias a las Relaciones que hasta este momento me he referido, podemos formarnos idea del dispositivo de combate impuesto por la experiencia a los españoles en sus luchas contra las armadas muchedumbres indias: un pequeño grupo de jinetes, "los sobresalientes", adelante, explorando el campo mismo de batalla; en seguida, la artillería pronta para la acción; hacia los flancos, masas de caballería secundadas por numerosos grupos de indios aliados; en el centro, los peones; a retaguardia, el fardaje al cuidado de una o dos compañías de jinetes y una o dos compañías de peones. Antes de la batalla se despleaban el estandarte real y el del escudo heráldico del jefe, los guiones, y las banderas blasonadas de los distintos capitanes. También antes de iniciar la lucha, un escribano acompañado de unos cuantos españoles y de los intérpretes necesarios, intimaba a los enemigos en una larga perorata, (Yo tengo copia de la dirigida a los cashcanes del Mixton, que es una curiosísima mezcla de amenazas y enseñanzas religiosas). "Concluida esa formalidad, vibraban las trompetas, y al grito de "! Santiago y cierra España!" se precipitaba la carga, la cual, si tenía éxito, era llamada, alcance, y en circunstancias favorables podía proseguir hasta diez kilómetros; pero siempre en círculo, por escuadras separadas seguidas unas de otras, cuyo choque desorganizaba primero y trituraba después, incesantemente, a las masas enemigas, como los engranes de una rueda de giro mortífero.

* * *

Las otras Relaciones son de muy distinto carácter. El interés militar es en ellas muy secundario, casi se reduce a nada. Pueden separarse en dos grupos-: las escritas por los amigos de Nuño, que son Cristóbal de Barrios y el autor de la Tercera Relación Anónima; y las de los enemigos del Presidente de la Audiencia: Pedro de Carranza, el autor de la Cuarta de las Anónimas, y García del Pilar.

La Primera y Segunda Relaciones Anónimas, debieran en realidad reducirse a una sola, y no puede considerarse que se refieran precisamente a la Conquista, sino a episodios posteriores.

* * *

La Tercera Relación Anónima (Documentos para la Historia de México, 2o Tomo, pág. 439), fue escrita por un simple guerrero, partidario de Nuño, de poca capacidad intelectual y escasos o nulos conocimientos militares. El interés de su Relación radica sobre todo en los detalles adicionales que contiene, y que sirven para aclarar puntos oscuros o dudosos de las otras.

* * *

La Relación del Comendador Cristóbal de Barrios. (Documentos Inéditos del Archivo de Indias, Tomo 16, pág. 363), es un monumento de cinismo y majadería. Sumamente breve, procuró a tal extremo favorecer a Nuño, que quitó a su dicho toda verosimilitud y valor. (¡Llegó a afirmar que la guerra se hacía bajo las órdenes de Nuño, tan moderada y humana, que no lo sería más dirigida por religiosos!) Sin embargo, contiene dos o tres cosas interesantes.

* * *

La Cuarta Relación Anónima (Documentos para la Historia de México, Tomo 2º, pág. 461), fue escrita por un vecino de México, enemigo de Nuño de Guzmán y arrancado por éste, a fuerzas, de su hogar, y llevado cautivo hasta Michoacán, para obligarlo a servir en el Ejército. El autor, que una feliz concordancia de datos nominales entre su Relación y las de Sámano y Gonzalo López permite tener

la casi seguridad de que haya sido Cristóbal Flores, fué un hombre honrado y de tendencias generosas. Sus aserciones tienen todo el peso de la verdad y son todavía reforzadas por giros impresionantes, de los cuales cito éste: después de haber puesto en libertad a una de las mujeres del Cazoncí, la envió a su, tierra con sus criados y vasallos, y dice: "esto pasó así, con obligación que no siendo de esta manera, sea tenido por mentiroso".

Los datos que contiene son demostrativos y concluyentes de la dureza y crueldad con que Nuño se comportó en el curso de su Conquista, y tiene el mérito de que todas sus afirmaciones quedan apoyadas por la cita nominal que hace de los testigos presenciales que pueden confirmar la verdad de lo que asienta. El autor, aunque de poca capacidad intelectual, se gana nuestro respeto exhibiendo en todas las ocasiones características caballerescas y humanas.

* * *

La Relación de Pedro de Carranza (Documentos Inéditos del Archivo de Indias, Tomo 14, pág. 347), pertenece a este mismo grupo. Carranza parece haber sido simple soldado de caballería, distinguido por su habilidad como jinete, pues a menudo se le confiaban misiones que requerían esta cualidad.

Jamás oculta la antipatía que siente por los procedimientos de Nuño y los capitanes favoritos de éste, y su dicho, que tiene también toda apariencia de verdad, es terrible contra su jefe. Algunos detalles narrados por él son de una tonalidad trágica horripilante. Véanse estos dos:

Se refiere a la expedición punitiva de Gonzalo López al rebelde señorío de Jalisco, y dice: "que era compasión de ver los niños que allí tenían chequitos, y cuando los llevaban por el camino, me decían que iban diciendo peores: demamantemos estos mochachos", y los echaban en el camino". Esta hecatombe herodiana es de los más horribles crímenes que cometieron Nuño y los suyos.

Segundo rasgo. Nuño condenó a la horca a un desertor español. El condenado marchó al suplicio con un miedo espantoso, rezando en voz alta. Lo colgaron, se reventó la soga, y el infeliz cayó vivo

todavía; humillado y empavorecido hincóse ante Nuño prometiendo ser fraile si le perdonaba la vida, "hincado de rodillas, con la cruz en las manos, le echaron otra soga los alguaciles y lo tornaron ahorcar tirándole por los pies; yo digo que ví todo esto así como lo digo, porque me hallé presente..."

* * *

La más importante y decisiva contra Nuño de todas estas Relaciones (Documentos Para la Historia de México, 2o Tomo, pág. 248), fue la del famoso García del Pilar, contemporáneo de Nuño, quizá coterráneo, y quizá también su compañero de estudios. Este García del Pilar fue de los conquistadores de Cortés. Aprendió pronto a hablar nahoa, y se distinguió, por su rapacidad y su crueldad hacia los indios, en aquel medio tan poco adecuado para distinguirse por estos conceptos.

En un principio fue de los favoritos y protegidos de Nuño, a quien secundó en muchos de los horrores que cometió durante su estancia en México y marcha por Michoacán. Figura como acusado de cosas muy graves por el brioso y caritativo Zumárraga.

Sin embargo en el curso de la conquista su corazón parece haber sufrido cierta metamorfosis. Pedro de Carranza lo cita, de continuo como uno de los murmuradores y críticos de las crueldades del general, y en la Cuarta Relación se le atribuyen a menudo parecidos conceptos.

Vuelto a México, dónde redactó su Relación, se le interrogó con minuciosidad, quizá en sazón y como resultado de la averiguación iniciada por don Diego Pérez de la Torre, que vino de España expresamente a residenciar a Nuño. Arrepentido quizá de sus culpas, cosa no imposible en aquella edad de ardiente fe religiosa; o puede ser que disgustado con su antiguo jefe, no ocultó, sino antes bien hizo resaltar, los horrores de éste. Es más verosímil en mi concepto que se haya tratado realmente de arrepentimiento sincero, teniendo en cuenta que García del Pilar estaba ya muy enfermo cuando fue interrogado, que murió apenas acabó de ampliar su Relación en lo referente al suplicio del Cazonci, y que (no es imposible que urgido por las exhortaciones de un confesor franciscano), debe haberse hallado ansioso de presentarse con atenuantes ante esa Justicia Tremenda que jamás se equivoca.

La Audiencia lo sujetó como resultado de su Relación a un nutrido interrogatorio de treinta y ocho preguntas aclaratorias, en las cuales citó los testigos que podían reforzar su dicho y destruir las dudas surgidas.

La Relación de García del Pilar es importantísima, y su interés quizá sea mayor para un psicólogo, que para un historiador.

* * *

Estas Relaciones nos hacen asistir al drama de la más cruenta de las Conquistas de América. Leyéndolas, vemos derrumbarse sobre los señoríos indígenas de Nueva Galicia, densamente poblados; pero amorfos, aquel alud, erizado de lanzas y espadas que abrió sangriento surco de incendio y muerte y sólo se detuvo cuando no halló que matar. Escuchamos el trueno de las herradas pezuñas en las cargas clamorosas, el ulular salvaje de los guerreros indios, el sordo retumbar de los teponashtles, la metálica vibración de las trompetas. Vemos avanzar lenta, mortífera, irresistible, la línea de infantería española. Vemos flamear sobre el macabro y hediondo campo de batalla los estandartes blasonados, entre pilas de cadáveres destrozados, perforados o quemados. Nos internamos con la hueste por las fértiles y apacibles mesetas de las tierras altas; descendemos con ella enhiestas serranías infranqueadas hasta entonces, infranqueables otra vez; con ella nos arrastramos penosamente por el suelo blandujo de la selva tropical, asediados por enjambres zumbadores y ávidos, agobiados por el calor sofocante; sufrimos con ella el pavor del ciclón y del diluvio el apocalíptico 20 de septiembre de 1530, y más tarde la prolongada y angustiosa pesadilla de la epidemia mortal y con la hueste quebrantada, pero indomable, tornamos a trepar por un laberinto de fragosas cordilleras, guiados por hilos de Ariadna convertidos en ríos, que murmuran en las cañadas o se derrumban en estruendosas cascadas en las barrancas, para vernos, al fin, vencidos por el hambre y el desierto en las estepas de Durango y Sonora. Y luego regresamos con ella, en furiosa cabalgata, por las tierras conquistadas, a fundar villas y a prevenir con astutas argucias, y también por la violencia, el castigo inminente.

La Primera y Segunda Relaciones (Documentos para la Historia de México, 2o Tomo, págs. 288 y 206), son muy diferentes. Su autor,

vecino de Pánuco y amigo de Nuño, llegó al teatro de los sucesos después del empuje inicial de la Conquista, y tuvo oportunidad y gana de observar costumbres y "ritos y cirimonias" de los indios. Leyéndolas, nos damos cuenta de una circunstancia que imprimió sello peculiar a la Conquista: el carácter agrícola que desde luego se impuso a los españoles, que sólo buscaban la riqueza minera. Nos revela también el postrer esfuerzo expansivo de Nuño hacia el Norte, en busca de las fabulosas Siete Ciudades, que condujo al duro combate de Yaquimí, primera aparición en la Historia de la belicosa tribu sonoreense. Por ciertas frases creo yo que el autor de estas Relaciones fue Diego de Alcaraz, segundo de Lázaro de Cebreros en esa expedición fracasada ante el desierto.

Nos revelan también estas Relaciones la liga estrecha y contacto frecuente de la Nueva Galicia con la Gobernación de Pánuco, a través de los Valles Potosinos, poblados por iniciativa de Nuño.

* * *

Vibra ahora el clarín de la epopeya.

La crueldad y dureza de Nuño impulsó pronto a la rebelión a aquellas tribus de campesinos robustos y belicosos, dotados, además, de instintos militares notables, y ni la substitución del energúmeno Beltrán por el humanitario don Diego Pérez de La Torre aplacó los ánimos. Se exaltaron estos más y más, y cuando el Virrey don Antonio de Mendoza envió a Cíbola tantos españoles a las órdenes de Francisco Vásquez Coronado, y Nueva Galicia quedó poco guarnecida, la rebelión, provocada por una corporación de necrománticos (los nahuales), precedida de extrañas ceremonias mágicas, como el fantástico vuelo de la calabaza en el baile de Tlashicoringa, estalló, dirigida por Tenamashtli.

Es la autoridad casi augusta de don Antonio de Mendoza la que nos revela muchos detalles de tan tremenda sacudida, que estuvo a punto de cundir y generalizarse por la Nueva España y de lograr la expulsión de los invasores. En la Visita hecha al Virrey (Documentos para la Historia de México, segundo Tomo, pág. 72), se lee:

“...ciertos indios de las sierras y Zacatecas hechiceros vinieron a los pueblos de Tlaltenango y Suchipila y a otros de la Nueva Galicia, y subvertieron y engañaron los dichos pueblos, diciendo y haciendo

creer a los indios que habían resucitado sus abuelos y todos sus antepasados, y que hablan de matar a todos los cristianos..."

La rebelión organizada incendió pronto la Cashcana. Fueron los primeros en encaramarse al Peñol de Tepetistac, Petacatl, cacique de Xalpa, y sobre todo "Tenamaztle, hermano del señor de Nuchistlán, el cual se rebeló siendo cristiano y criado en la Iglesia, y teniendo vara de justicia de Su Majestad".

Cristóbal de Oñate, a quien el Virrey tenía por persona tan honrada y de calidad, que para otro negocio muy arduo y de más importancia que éste tenía partes, marchó a reprimir la rebelión al frente de cincuenta españoles con arcabuces y cañones, secundados por buena copia de aliados indios. Pero los cashcanes no se amilanaron:

"...salieron del Peñol un día por una parte, y los indios de los pueblos comarcanos por otras dos partes, y dieron sobre el dicho Cristóbal de Oñate...y después de haber peleado sobre cuatro horas lo desbarataron, y pusieron fuego en el real y lo robaron, y le mataron trece españoles y seis negros y más de trescientos indios..."

La lucha tomó luego agudo carácter religioso. Los rebeldes mataron a los frailes que cayeron en sus manos "...y por escarnecer el Santísimo Sacramento tomaban tortillas de maíz y las alzaban en alto, y asimismo lavaban la cabeza a los bautizados para quitarles el bautismo..."

El Virrey mandó cien jinetes de las fuerzas de México en socorro de Oñate, y ordenó a Juan de Alvarado que acudiera, desde Michoacán, con treinta más y seis mil indios.

No contento con esto escribió a Pedro de Alvarado y Luís de Castilla "que fuesen en socorro con toda la gente que tenían de las armadas". Alvarado vió con desdén la cosa "y creyendo que tenía bastante número de gente para pacificar el Peñol de Nuchistlán, fue al dicho Peñol y los indios del dicho Peñol lo desbarataron y mataron mucha gente, y lo hicieron retraer, y de vuelta que volvía, murió el dicho Adelantado".

Don Antonio de Mendoza entonces, "se aderezó en breve para ir en persona y llevó consigo hasta ciento ochenta españoles de caballo, hombres principales, conquistadores y pobladores, y asimismo gente de indios que de su voluntad se ofrecieron a querer hacer la jornada".

Los rebeldes apretaron el asedio de Guadalajara, y allí Oñate los derrotó con furiosa carga de caballería, lanzada a la hora suprema.

Después llegó el Virrey, pero los indios "se defendieron tan bien, que hicieron mucho daño, así en los indios, como en los españoles".

La entereza de los prisioneros hechos en las batallas asombró a don Antonio, quien buscó nuevo género de muerte, juzgándolo necesario, "porque sonase el castigo, teniendo respeto a que cuando los ahorcaban, lo tenían en tan poco, que ellos mismos se subían a la escalera y se echaban el lazo, y tentaban si estaba firme el palo de que se habían de colgar, y ellos mismos se arrojaban y colgaban."

Las respuestas de don Antonio de Mendoza al interrogatorio de la "Visita" no forman una relación, pero manifiestan bien las preocupaciones que lo asediaron frente a aquellos problemas. Son fuente de primera autoridad. Sobrias. Concisas. Claras.

¡Paso al más pintoresco de los cronistas! (Documentos para la Historia de México, 2o Tomo, pág. 307):

"Yo, don Francisco de Sandoval, cacique y señor que soy de esta ciudad de San Luis Tlalmanalco, habiendo tenido noticia que el señor virrey don Antonio de Mendoza que reside en la gran ciudad de México y Real Audiencia, que se ofrecía una guerra en la tierra de los chichimecas de Xuchipila, fui a dicha ciudad, y supliqué al señor visorrey me hiciese merced de que yo fuese, y los de mi provincia de Chalco, a servir en esta guerra...

Son los primeros fulgores de la Gran Rebelión que nos narra un cronista ingenuo y verídico. Porque don Francisco Sandoval quiso tener para perpetuar sus hazañas, un Garcilaso.

"El señor don Francisco de Sandoval me mandó a mí, Gabriel, de Castañeda, principal y natural del barrio de Michoacán Colomocho, fuese asentado y escribiendo todos los días lo que fuese sucediendo cada día en esta jornada. Lo firmé de mi nombre, que pasó ante mi, Gabriel de Castañeda".

Veamos en qué guisa partió el belicoso cacique:

"Don Francisco Acaztl llevó por divisa y armas, cuando fue a la guerra de los chichimecas, una calavera de plumería con sus penachos verdes, una rodela de lo mismo, y en ella un bezote de oro retorcido, con su espada y su ichcahuipil, y vestido con un jubón colorado, y sus zaragüelles, zapatos y borceguíes, y un sombrero blanco, y un pañuelo grande con que se amarraba la cabeza".

¡Un figurín!

La relación nos lleva paso a paso hasta la tierra rebelde, donde indios desnudos, sin jubón ni zaragüelles, iban a preferir la muerte al derecho de cambiar de indumentaria.

La relación es oscura. Por ella adivinamos, más bien que sabemos, que hubo durísimas y sangrientas batallas que prolongaban por días enteros, en los cuales aquellos heroicos montañeses, animados por el salvaje empuje de su caudillo Tenamashtli, resistieron al ejército de doscientos españoles y treinta mil aliados que mandaba el Virrey, unidos a otros tantos españoles y cerca de diez mil indios de las fuerzas de Oñate.

Aquí se nos aparece don Antonio de Mendoza enteramente transformado. Ya no es el risueño prócer a quien el llanto de unos pobres indios que pedían no ser dados en encomienda convierte "en el más confuso hombre del mundo". Ahora es un torvo general, émulo de Nuño y de Gonzalo López. Véase cómo trataba a los prisioneros:

"y dos que cogieron vivos, que los vido el Visorrey, y les hizo preguntas, y no quisieron decir cosa alguna, y al tercero día los aperreó..."

La Cashcana tuvo sus héroes anónimos.

Acaztl aprendió pronto en tal escuela:

"...y fueron cogidos dos de los chichimecas y les cortaron las manos; y asimismo se cogieron dos mujeres, que les cortaron los pechos..."

Don Antonio de Mendoza usó entonces procedimientos después seguidos por los ingleses en la India:

"...mataron a los chichimecas a doce de ellos; les tiraron con una pieza grande de artillería, que de ellos murieron llevándoles las cabezas, y a otros por mitad del cuerpo, y a otros el un brazo con la cabeza, haciéndose pedazos sus cuerpos que parecían un remolino, y fueron a caer sus manos y sus carnes sobre la gente, y de ello quedó sobre los árboles..."

Todo esto demuestra la lucha desesperada de los rebeldes montañeses.

Acaztl nos da detalles muy curiosos de cómo marchaba el ejército, alternándose los aliados en el servicio de vanguardia y el arrastre de la artillería torpemente dirigida por Iñigo López de Nuncibay, quien se vió obligado a emigrar al Perú, como resultado de su fracaso.

Y en medio de estos datos, otros que muestran curiosas supervivencias de antiguos cultos en la nueva religión.

Así, para solemnizar "la festividad de nuestro Señor Jesucristo", y otros días notables, "todas las naciones de diversas provincias danzaron puestas sus armas... todos bailaron sin que de parte ninguna quedase por bailar".

Luego vemos la causa remota de la gran epidemia de 1545:...el martes todo el día se arrancaron los maguelles, y se cortaron los mezquites..." Entonces empezó el hambre, porque el virrey fue arrasándolo todo y sembrando la desolación a su paso.

Parece imposible superar tantos horrores. Sin embargo, Castañeda logra tan difícil éxito. He aquí la catástrofe: "Y en esta ocasión ya no tuvo que cenar el señor, si no fue maíz, tostado y pinole que le dieron los de Tlailotlacan".

En esta sencilla relación ordenada por un cacique vanidoso, la verdad campea en todas partes. Castañeda logra dar una impresión de campaña, *de guerra*, pocas veces *lograda por plumas mejores*. Asistimos a la tremenda guerra de exterminio que se hizo a aquellos indomables montañeses, cuyas fuerzas vemos irse fundiendo bajo la presión, hasta desaparecer por completo. Al fin, después de recorrer desde cerca de Atotonilco, por la Cashacana, hasta Ahuacatlan, el poderoso enemigo ejército del Virrey Mendoza no tuvo ya enemigo al frente, y entonces, dice Castañeda, "...el señor visorrey despidió a todas las gentes de diversas provincias, y les dijo el señor visorrey: "Hijos, los naturales que sois de diversas partes, idos enhorabuena, que ya se acabó y dió fin la guerra".

* * *

El ciclo épico de la Conquista quedó cerrado entonces en Nueva Galicia. El Informe al Rey del Cabildo de Guadalajara de 20 de enero de 1570 (Documentos para la Historia de México, 2o, Tomo, pág. 484), expone un cuadro apacible; otra situación, otra raza; otro aspecto. La población india en la Nueva Galicia se había reducido por las guerras y la pavorosa epidemia de 1545, de dos millones en que era estimada en 1529, a veintiséis mil habitantes. El español, vuelto labriego por la fuerza de las cosas, vivía en aislados núcleos agrícolas o se agrupaba en centros mineros, en todo caso separados por inmensas soledades. El indio, escaso y pobre, se apartaba sistemáticamente del vencedor. Fue el nacimiento del México criollo.

Los sucesos narrados en el informe son monótonos. Apenas resultan animados por chismes pueriles y cómicos. ¡Qué contraste con la época anterior!

Sólo en la periferia, Francisco de Ibarra, hacia Durango, proseguía la Conquista. (Documentos Inéditos del Archivo de Indias, Tomo 14, pág.463). Pero no eran sus méritos los brutales de Nuño. Su Conquista era metódica, técnica, pudiéramos decir. Y la familia Oñate, la más vigorosa y simpática de las conquistadoras, preparaba el postrer esfuerzo español.

* * *

La suerte de Nueva España y la existencia misma de México quedaban aseguradas, la riqueza agrícola garantizaba la vida de la colectividad. La reserva criolla quedaba establecida, y con ella el elemento necesario para el mestizaje lento y fructífero, que requerirá el curso de los siglos para formar nuestra raza.

Todo esto nos revela el estudio apasionante de las Crónicas de la Conquista de Nueva Galicia.

CONTESTACION AL DISCURSO ANTERIOR POR EL SEÑOR ACADEMICO DON ATANASIO G. SARAVIA

Señores Académicos, Señoras, Señores:

Una inmerecida distinción que me ha sido conferida por la Academia Mexicana de la Historia, es la que me trae a contestar el interesantísimo discurso que, con motivo de su recepción en la misma, acaba de leer el señor Ingeniero don José López-Portillo y Weber.

Compláceme, en primer lugar, hacer notar la satisfacción y agrado con que, los componentes de esta sociedad, hemos recibido, como compañero nuestro, a quien tan buenas pruebas ha dado ya de su amor a la historia de nuestro país, y

de cuyo saber, empeño, asiduidad y estudio, podemos esperar tanto todavía, en esta labor tan grata, tan interesante y tan extensa, como es la de día por día ir acrecentando el campo de los conocimientos en nuestra historia y, acopiando materiales que nos permitan, cada vez con acierto mayor, ir descifrando la significación de los sucesos para obtener del pasado la explicación y fundamento del presente y la preparación del porvenir, llegando así la ciencia de la historia a ser, no sólo un estudio curioso de eruditos, sino la buena maestra que nos enseñe el por qué de las actividades humanas, las leyes que han regido los movimientos políticos y sociales del mundo, nos permita, si sus enseñanzas se interpretan con acierto, saber, lo que mañana resultará de las actividades de hoy. Por eso la llamé ciencia, porque, al igual que yo, estoy seguro de que, cuantos la hemos seguido, cuantos la hemos amado, llevamos en el fondo del alma la aspiración constante de descubrir sus leyes, esas leyes misteriosas y sutiles que es de esperarse que algún día llegarán a ser lo suficientemente claras y precisas, para ayudar, como excelentes mentoras a la marcha ordenada, pacífica y ascendente en ideales y en cultura, de las grandes asociaciones humanas, condenadas, por hoy todavía, a no vislumbrar el porvenir sino en forma confusa y errada muchas veces, sufriendo cruentos dolores y expiaciones inmensas por los actos equivocados de un "hoy" que sólo son consecuencias de un "ayer" y que, inevitablemente, preparan el mañana.

La historia, que se ocupa, en observar y narrar, los hechos de los hombres, es el estudio que más embarga y más cautiva el entendimiento de los mismos, porque es el más humano, el que más habla a las fibras de nuestro ser; porque es el que se ocupa de "nosotros", de la humanidad, como factor pensante y activo en la marcha maravillosa del mundo, decidiendo con nuestros pensamientos y con nuestras acciones las diversas etapas de la vida del mismo; presentando ese cuadro anchuroso del pasado, con sus esfuerzos, con sus anhelos, con sus fracasos, con sus triunfos, con sus pasiones, con sus heroísmos, con ésa serie de eslabones, unidos por una solidaridad indestructible, que nos traen hasta la época presente y nos han determinado de antemano, el vivir subsecuente, preparado por la cadena de los siglos Pero la historia, la historia cómo ciencia, considerando involucrada en ello lo que se llama Filosofía de la Historia, no puede limitarse a

observar y narrar, necesita también analizar y concluir siendo fundamental que los tres factores primordiales, o sean, la observación, la narración y el análisis, sean correctos, para que las conclusiones, que son el coronamiento de la obra, sean precisas y acertadas.

De aquí pues, que para el estudio, para la formación de la historia, toda colaboración sea apreciable, todo esfuerzo estimado, y que ningún indicio, ningún dato, ninguna narración pueda ser despreciada si lleva consigo el seno de la verdad, de esa verdad que debe ser la compañera inseparable de toda narración, pues que los hechos falseados llevan al análisis erróneo y a la conclusión equivocada, inutilizando por así decir, el fin supremo, el objeto tan noble a que la historia aspira, y que es, como hemos dicho, el de concluir las leyes que han sido determinantes de los sucesos ocurridos en el mundo, en cuanto del hombre han dependido.

Por convencimiento en muchos casos, por instinto en otros, los pueblos han respetado siempre a sus historiadores, no sólo por el afán, innato y natural en el hombre, de conocer su pasado, sino porque lógicamente de tal conocimiento espera un fruto que lo haga apreciar y conocer mejor su presente y preparar, con algún fundamento, con alguna razón, su porvenir.

Es tan vasto el campo a laborar, es tan extenso el cuadro dentro del cual se desenvuelve la formación de la historia, que no obstante lo grandioso del trabajo acepta con igual estimación todas las colaboraciones, todos los esfuerzos, todas las ayudas; desde las humildes noticias de su suceso, hasta las más brillantes disertaciones, que basadas sobre hechos evidentes, sienten las conclusiones, que, como flores brotadas del árbol de la historia, son su manifestación más hermosa y síntesis de su vida.

La Academia Mexicana de la Historia, destinada, como todas las de su género, a cultivar y fomentar el estudio de ramo tan importante del saber, se alegra cuando cuenta entre sus miembros algún nuevo elemento que aporte su contingente de entusiasmo y de trabajo, su acervo de conocimientos y verdades a la formación de la historia; a esa gran obra nacional de trascendencia incalculable.

Celebra hoy la recepción de un elemento de valer depurado, laboriosidad reconocida de alguien que ha prestado su concurso a esa grande obra y lo sigue prestando todavía; de alguien a quien la historia,

nunca ingrata, da quizá en esta noche una satisfacción estimulante para nuevas y futuras actividades consagradas al estudio y, comprensión de la misma.

El señor Ingeniero don José López-Portillo y Weber ingresa a la Academia trayendo un nombre que fue consagrado ya en las letras mexicanas: trae el nombre del insigne literato jalisciense que aplicó su talento y su atildado decir a nuestras bellas letras, pero que no se olvidó de dar también apreciable contingente a nuestra patria historia. Mas como el solo nombre de su padre pudiera, únicamente, fundar una esperanza, a creer aquello de que "nobleza obliga", pero sin traer en sí la realidad de los trabajos que la Academia, cauta y previsora, exige a quienes haya de admitir en su seno, el Ingeniero José López-Portillo y Weber ha demostrado ya, como ejecutorias que le dieran derecho a aspirar al nombramiento de académico, variados y estimables trabajos que lo acreditan, de manera indudable, como estudioso de nuestra historia patria y capaz de sacrificar, en aras de la misma, muchas horas del descanso merecido por tiempo empleado en labores de otro género.

Ya señala en su discurso como tópicos que atraen la atención de nuestros historiadores, la Conquista y la Independencia. Sobre los dos ha bordado sus temas nuestro nuevo académico escribiendo un estudio sobre el gran don Hernando y buscando el pensamiento militar en la campaña desconcertante de don Miguel Hidalgo, que don Francisco Bulnes llamara alguna vez "de sistema africano". Otros temas de historia alcanzaron también la atención del Ingeniero, pero, al parecer, lo que lo ha avasallado es el estudio de la Conquista de la Nueva Galicia, estudio a que ha dedicado largos años y cuyos frutos es de esperar que veamos en breve en las letras impresas que se encargan de sacar del misterio los trabajos pacientes y laboriosos de cuantos vierten su saber, su ingenio y sus ideas, para enseñar a los demás lo que quizá no han tenido la ocasión o el acierto de escudriñar y aprender por sí mismos.

Natural es que, quien de Jalisco procede y que además lleva en las venas sangre de los conquistadores, se incline con apasionada fruición, al estudio de la epopeya formidable que agregó a Nueva España aquella vasta región, que, cuéntase, quiso opacar a la primera tomando el nombre de la Mayor España, cual si debieran rivalizar las dos conquistas como rivales fueran don

Hernando y don Nuño, qué encabezaran, respectivamente, aquellas dos empresas estupendas.

El dedicado historiador de la segunda, nuestro nuevo compañero López-Portillo y Weber, no puede hacer entrada más gallarda en la Academia. Inicia su discurso de recepción con la frase valiente y atrevida de que la historia de México está por escribirse. Gústame en él ese ímpetu que antójaseme heredado de sus abuelos, que con la lanza en ristre y la rodela al brazo entráronse a las sierras del Nayarit buscando nuevas tierras con que hacer geografía, como hoy su descendiente entra resuelto al campo del pasado buscando hechos con que escribir historia.

Y que sigue acertados procedimientos indícamelo un detalle que se ha escapado ya del misterio que envuelve a las obras inéditas, a los trabajos que están en gestación; ese detalle es la nómina, prolija y pacientemente averiguada, de quiénes fueron los que formaron la hueste de Beltrán de Guzmán.

Doy muy grande importancia a este detalle, porque, para estudiar la conquista de México debemos comprender hasta donde nuestros elementos nos alcancen, la personalidad y el carácter de cada conquistador. En el estudio de esos caracteres, del campo en que vivían, de las móviles que los impulsaran, de la meta que esperaban alcanzar, encontraremos la explicación mejor de la Conquista, porque esa obra inmensa, esa epopeya extraordinaria, digna de ser cantada en poemas inmortales, no es la obra de un pueblo, no es la obra colectiva de un país, ¡caso extraordinario! la obra de una serie de iniciativas particulares y del esfuerzo individual de aquellos aventureros sorprendentes que escribieron algunas de las páginas más sugestivas y apasionantes de la historia del mundo.

A medida que me fue dado ir avanzando en el estudio del carácter que tuvo la Conquista me fui dando cabal cuenta de esa verdad en que, después, fui encontrando apoyada en excelentes autoridades nuestra historia de las que sólo, citaré tres, correspondientes a diversas épocas de estudios.

Don Lucas Alamán, en su Primera Disertación dice así:

"Para la adquisición de las posesiones de América, sólo se hicieron por la corona los gastos de las primeras expediciones, contribuyendo a ellas, por su parte Colón, según los términos de su capitulación, pero en lo sucesivo fue obra de especuladores particulares".

Don Joaquín García Icazbalceta en las noticias que dio sobre los documentos que formaron el Tomo II de su valiosa colección, al tratar sobre las leyes y ordenanzas para la gobernación de las Indias, se expresa en los siguientes términos:

"Las conquistas del Nuevo Mundo no se hicieron con ejércitos como los que hoy existen en los países civilizados; unos cuantos aventureros seguían por su propia cuenta a un caudillo que les inspiraba confianza, y se iban en busca de fortuna. Si la expedición se desgraciaba, allá perecían todos, sin que eso retrajese a otros de seguir la misma senda, pero si asestaban un buen golpe, podían contar con gloria y con riquezas. El gobierno nada gastaba, por lo común, en tales expediciones, y sin embargo, el país descubierto y conquistado le pertenecía. Siendo tan incierto el éxito, tan enormes los trabajos y peligros, y no pudiendo aspirar a una verdadera soberanía, era natural que los conquistadores buscasen otra recompensa que les proporcionara descanso y bienestar".

Por último, el historiador norteamericano, J. Lloyd Mecham, expresa la misma idea en las siguientes palabras que traduzco de su precioso libro sobre Don Francisco de Ibarra:

"La fundación del imperio colonial español, fue, en gran manera, la obra de individuos que emprendieron la conquista de ciertas regiones en el Nuevo Mundo en virtud de arreglos especiales con la corona de España. Éstos "empresarios" que usaron los diversos títulos de adelantados, gobernadores y capitanes generales, fueron hombres de elementos que se obligaron a sufragar la mayor parte de los gastos de la conquista y población de comarcas salvajes a cambio de obtener amplios poderes, extravagantes títulos y grandes privilegios económicos".

Ofrece también interesantes aspectos relacionados con este particular, la tesis doctoral que ante la facultad de derecho de la Universidad Central de Madrid presentó nuestro compatriota el señor Silvio A. Zavala, bajo el título de: "Los intereses particulares en la conquista de la Nueva España", y que mereció un elogio del conocido profesor don Rafael Altamira, pues que, aunque presentada de manera particular desde el punto de vista jurídico, acopia diversos elementos que robustecen la tesis general de la importancia que la iniciativa individual tuvo en la empresa de la conquista.

Sería cansar la benévola atención de mis oyentes e inadecuado para el espacio limitado de un discurso, entrar en mayores digresiones para fundar el aserto de que la obra de la, conquista no fue, estrictamente hablando, la obra de la nación española, sino la obra individual de algunos de sus hijos traídos a estas tierras por objetivos e ideales diversos; de punto tan importante me ocupé en parte en uno de mis trabajos, la Introducción a la Historia del Clero Regular en Nueva España, pero si no es del caso ahora repetir aquella exposición, si debo de insistir en que, la apreciación, en toda la extensión debida, de lo que significa la conquista, hecha, no por un país de intereses permanentes, o cuando menos de visión al porvenir mucho más amplia, sino por hombres de intereses limitados, y aspirando, por tanto, a frutos y beneficios inmediatos como resultado de su empresa, me parece, un elemento fundamental para poder analizar, correctamente, esa parte tan importante de nuestra historia poder obtener conclusiones acertadas, indispensable es la observación exacta de los hechos, la narración fiel y verídica de los mismos y el análisis debidamente concordante con los dos elementos anteriores, pues que faltando cualquiera de esos tres factores esenciales, se había perdido el fin supremo que la historia persigue, al llegar a la conclusión equivocada por defecto en la labor preparatoria.

Interesante, y mucho, no dudo, pues, que sea el estudio que de la Conquista de la Nueva Galicia haga el Ingeniero López-Portillo y Weber después de haber desentrañado quiénes fueron, individualmente, los conquistadores que formaron la hueste del famoso Don Nuño, y no es por demás esperar que de tal estudio nos resulten algunas luces más sobre el carácter y los actos del Presidente de la Audiencia que tan triste memoria dejara como conquistador, a creer a los relatos que nos han servido, hasta hoy, para juzgarlo.

Para mí, que sólo debo el honor de pertenecer a esta Academia a mi incansable empeño por averiguar y conocer los hechos relacionados con la historia de la Nueva Vizcaya, la obra del Ingeniero López-Portillo y Weber presenta especialísimo interés, pues que además de ver en la misma esa colaboración para el esclarecimiento del pasado a que me referí en este discurso como de trascendencia manifiesta, he de buscar en la Nueva Galicia los orígenes y principios de la conquista de la Nueva Vizcaya.

Siempre he considerado como algo grandemente memorable, esa tan rápida unificación de territorio llevada a cabo por los conquistadores españoles, pues si se atiende a la especial topografía del territorio, los elementos con que la conquista se emprendía y las circunstancias en que se operaba aquella empresa, brevísima resulta una labor emprendida en menos de cien años que dió por resultado tener incorporadas a la corona de España las tierras que se extendían en lo que es hoy, prácticamente, toda nuestra República más no cortas extensiones: del territorio actual de los Estados Unidos del Norte; y no se trataba sólo de una incorporación nominal, declarada por cualquier capitán aventurero de paso por unas tierras a las que nunca había de volver y hecha ante las arenas solitarias de los desiertos del norte, o ante los pinos majestuosos de alguna intrincada serranía; no ; se trataba de una incorporación efectiva, alzando los poblados en los puntos necesarios, dejándolos con sus autoridades respectivas y con jurisdicción y poder real, sobre los antes nómadas habitantes de aquellas lejanías. Se trataba de una completa y verdadera transformación política y social de aquellos extensísimos territorios, que, en virtud de la conquista se encontraron como por obra de maravilla, formando un solo país en donde antes fueran mil países diversos, si por países contamos también aquellas extensiones de territorio recorridas por tribus cazadoras que muchas veces ni siquiera tenían asiento fijo, pero que sí ejercitaban lo bastante su acción individual y su acción de conjunto para considerar extrañas a las tribus vecinas y negarles ingerencia, o siquiera ocupación temporal, en lo que consideraban sus dominios.

Se trataba de autoridades permanentes, que obedeciendo a las mismas leyes y estableciendo sus fallos en un mismo idioma, gobernaban desde el Golfo hasta el Pacífico desde Guatemala a Nuevo México, y que, en sabia y complicada dependencia, iban formando un cuerpo unificado que partiendo del alcalde lejano y casi aislado, perdido en los confines con la tierra ignorada, llegaba a tener su término y su centro al otro lado del mar, en tierras europeas, con el Consejo de Indias y el Monarca de Castilla. ¿No podemos llamar tiempo brevísimo a un lapso de ochenta años para labor tamaña?

Mas como todo debe tener sus causas y no podríamos contentarnos con anotar tan vasto resultado como la obra de maravilla

que antes dije, tenemos que concluir que el método seguido tuvo que ser a base para obtener un éxito tan franco y duradero, y el método, genial por su misma sencillez, no fue otro que el de asentar cada conquista sobre el apoyo o escalón de una conquista anterior. Fue así como se formó la cadena extraordinaria que partiendo de las Antillas ocupó Veracruz, se afirmó en Tlaxcala, sojuzgó México, conquistó Michoacán y después de dominar Nueva Galicia abrió la puerta para los grandes territorios del Norte que fueron a tener fin en la Alta California. Fue así como cada hueste aventurera que se internaba "tierra adentro" a su paso dejaba los poblados que hicieran permanente la ocupación transitoria de los que ocupados iban en conquista y exploración, hallándose auxiliar preciosísimo para seguir tal sistema en el afán de adquirir los metales preciosos que hacían que siempre hubiese "pobladores" en dondequiera que se hallasen vetas ricas que prometieran floreciente mineral, y como no era cosa de que los reales de minas quedasen sin elementos de subsistencia, a su vera se establecían las industrias agrícolas para proporcionar alimentos a los que en las mismas se ocupaban, y así, rápidamente, se estableció la red de poblaciones que aumentadas día a día conforme lo demandaban los nuevos descubrimientos mineros y las seguridades del comercio, llegaron a formar el envidiable dominio que tres siglos después, a contar del principio de esa obra, se constituyó en país independiente.

Ese método, como atinadamente observa el señor López-Portillo y Weber, cristaliza de manera indudable, de manera clarísima, en las conquistas de Don Francisco de Ibarra. Aparte del factor individual, o sea, de la propia manera de ser del mismo Don Francisco, factor que, como he dicho, considero básico para el estudio de las conquistas particulares emprendidas en México, hay dos razones que explican claramente el por qué del desarrollo de la empresa de Ibarra delineando con tanta claridad el método fundamental de la conquista.

La conquista de la Nueva Vizcaya la emprendía Ibarra conociendo la experiencia de treinta años de conquistas anteriores, y se sabía, por tanto, que no bastaba el recorrido de las tierras para obtener provecho de su dominio, sino que era indispensable poblar y abastecer las necesidades de cada nueva población para evitar que cayera en abandono o fuera desocupada por sus propios habitantes, haciendo inútil el esfuerzo que había representado ganar esa porción de tierra. Ejemplos recientes tenía sobre el caso Don Francisco en

las entradas hasta tierras de Durango por otros capitanes, que con sólo recorrer, y sin poblar, habían dejado ante el mismo Don Francisco todo el esfuerzo para lograr una conquista nueva, como si nunca hubieran llevado a aquellas tierras los estandartes españoles primero José de Angulo y Cristóbal de Oñate, después, Don Ginés Vázquez del Mercado.

Don Francisco, pues, al avanzar, poblaba, que bien sabía que sólo así se afirmaba el dominio de la tierra.

La segunda razón es que exploraba por un país minero por excelencia, prestándose enormemente, en consecuencia, a la realización de aquel proyecto, pues nunca faltaban minas, lo bastante atrayentes, para facilitar el sistema de población agrícola que sirviera de apoyo y de sostén a las primeras.

Así conquistó Ibarra su Provincia, hermoso complemento a las antes logradas y nueva base para conquistas posteriores que no tardaron en venir, y, aquí cabe decir:

¿No incurriremos en muy general desacierto llamando colonial a sistema de vida que sobre tales conquistas se asentó?

Llamar "colonia" a Nueva España y "colonial" a lo que a la misma pertenece, enuncia la idea de que era un país limitado a elementos inmigrantes de la Metrópoli, desarrollando por sí mismos los recursos de antes fueran mil países diversos, si por países contamos también aquellas extensiones de territorio recorridas por tribus cazadoras que muchas veces ni siquiera tenían asiento fijo, pero que sí ejercitaban lo bastante su acción individual y su acción de conjunto para considerar extrañas a las tribus vecinas y negarles ingerencia, o siquiera ocupación temporal, en lo que consideraban sus dominios.

Se trataba de autoridades permanentes, que obedeciendo a las mismas leyes, y estableciendo sus fallos en un mismo idioma, gobernaban desde el Golfo hasta el Pacífico y desde Guatemala a Nuevo México, y que, en sabia y complicada dependencia, iban formando un cuerpo unificado que partiendo del alcalde lejano y casi aislado, perdido en los confines con la tierra ignorada, llegaba a tener su término y su centro al otro lado del mar, en tierras europeas, con el Consejo de Indias y el Monarca de Castilla. ¿No podemos llamar tiempo brevísimo a un lapso de ochenta años para labor tamaña?

Mas como todo debe tener sus causas y no podríamos contentarnos con anotar tan vasto resultado como la obra de maravilla que antes dije, tenemos que concluir que el método seguido tuvo que ser la base para obtener un éxito tan franco y duradero, y el método, genial por su misma sencillez, no fue otro que el de asentar cada conquista sobre el apoyo o escalón de una conquista anterior. Fue así como se formó la cadena extraordinaria que partiendo de las Antillas ocupó Veracruz, se afirmó en Tlaxcala, sojuzgó México, conquistó Michoacán y después de dominar Nueva Galicia abrió la puerta para los grandes territorios del Norte que fueron a tener fin en la Alta California. Fue así como cada hueste aventurera que se internaba "tierra adentro" a su paso dejaba los poblados que hicieran permanente la ocupación transitoria de los que ocupados iban en conquista y exploración, hallándose auxiliar preciosísimo para seguir tal sistema en el afán de adquirir los metales preciosos que hacían que siempre hubiese "pobladores" en donde quiera que se hallasen vetas ricas que prometieran floreciente mineral, y como no era cosa de que los reales de minas quedasen sin elementos de subsistencia, a su vera se establecían las industrias agrícolas para proporcionar alimentos a los que en las mismas se ocupaban, y así, rápidamente, se estableció la red de poblaciones que aumentadas día a día conforme lo demandaban los nuevos descubrimientos mineros y las seguridades del comercio, llegaron a formar el envidiable dominio que tres siglos después, a contar del principio de esa obra, se constituyó en país independiente.

Ese método, como atinadamente observa el señor López-Portillo y Weber, cristaliza de manera indudable, de manera clarísima, en las conquistas de Don Francisco de Ibarra. Aparte del factor individual, o sea, de la propia manera de ser del mismo Don Francisco, factor que, como he dicho, considero básico para el estudio de las conquistas particulares emprendidas en México, hay dos razones que explican claramente el por qué del desarrollo de la empresa de Ibarra delineando con tanta claridad el método fundamental de la conquista.

La conquista de la Nueva Vizcaya la emprendía Ibarra conociendo la experiencia de treinta años de conquistas anteriores, y se sabía, por tanto, que no bastaba el recorrido de las tierras para obtener provecho de su dominio sino que era indispensable poblar y abastecer las necesidades de cada nueva población para evitar que cayera en abandono o fuera desocupada por sus propios habitantes, haciendo inútil el esfuerzo que había representado ganar

esa porción de tierra. Ejemplos recientes tenía sobre el caso Don Francisco en las entradas hasta tierras de Durango por otros capitanes, que con sólo recorrer, y sin poblar, habían dejado ante el mismo Don Francisco todo el esfuerzo para lograr una conquista nueva, como si nunca hubieran llevado a aquellas tierras los estandartes españoles, primero José de Angulo y Cristóbal de Oñate, y, después, Don Ginés Vázquez del Mercado.

Don Francisco, pues, al avanzar, poblaba, que bien sabía que sólo así se afirmaba el dominio de la tierra.

La segunda razón es que exploraba por un país minero por excelencia, prestándose enormemente, en consecuencia, a la realización de aquel proyecto, pues nunca faltaban minas, lo bastante atrayentes, para facilitar el sistema de población agrícola que sirviera de apoyo y de sostén a las primeras.

Así conquistó Ibarra su Provincia, hermoso complemento a las antes logradas y nueva base para conquistas posteriores que no tardaron en venir, y, aquí cabe decir:

¿No incurriremos en muy general desacierto llamando colonial al sistema de vida que sobre tales conquistas se asentó?

Llamar “colonia” a Nueva España y “colonial” a lo que a la misma pertenece, enuncia la idea de que era un país limitado a elementos inmigrantes de la Metrópoli, desarrollando por sí mismos los recursos de aquel suelo nuevo, y sin tener nada de común, más que acaso relaciones de comercio y vecindad, con los habitantes aborígenes, pero esa idea no corresponde a la realidad de los sucesos.

A mi juicio, la obra de la Conquista fue algo mucho más grande que una simple colonización, porque después de someter a los elementos aborígenes a las leyes y al gobierno de que dependían, los conquistadores incorporaron a su propio pueblo a los elementos sometidos y todos juntos pasaron a constituir un nuevo pueblo en el país conquistado. Era, en verdad, una España nueva, feliz acierto en su nombre nacida y desarrollada en este lado del Atlántico y alejada por millares de leguas del centro capital de su gobierno, pero era, por sí misma, una fracción completa de un gran imperio, y, por tanto, a mi juicio, nunca una colonia.

Colonizar es fácil cuando se cuenta con suelo en donde establecer a los colonos y con fuerza con qué repeler a los nativos si se oponen a tal ocupación, pero hacer de esos nativos súbditos del país de origen de los conquistadores, incorporarlos a sus leyes y a sus costumbres, mezclarlos a su raza, inculcarles sus creencias y enseñarles su idioma, es algo mucho más grande que lo que puede encerrarse en solo la idea de colonia.

España, a la que pertenece la gloria de la unificación y de la formación de ese gran pueblo, como individualmente a algunos de sus hijos pertenece la Conquista, no recibe justicia si decimos que hizo aquí una colonia, cuando lo que hubo fue algo mucho más grande, pues que hizo una nación.

Seguir, pues, los principios de obra tan seductora, conocer sus personajes, escudriñar sus actos, tener la ocasión de estudiar algo ocurrido en nuestro propio suelo y del que tal vez no se encuentre otro ejemplo en el mundo, es labor que cautiva y que atrae al estudio de la historia aunque haya que luchar contra medios adversos para formarla, como son la escasez de recursos económicos para revisar ampliamente, no sólo las fuentes distantes de información o sean los archivos españoles, sino aun los archivos nacionales, y nos atrae, no obstante, porque es nuestra historia un joyel primoroso compuesto de mil gemas diferentes. El labrado y pulimento de cada una es plácida tarea que hermosea y hace ganar en brillo y en riqueza al preciado conjunto. Orfebres exquisitos han pasado su mano por obra tan hermosa; los Bernal Díaz, los Baltasar de Obregón, los autores de cartas y relaciones apreciadísimas; los compiladores de noticias variadas como fueron los pacientes cronistas de los conventos y de las órdenes religiosas; los grandes historiadores que aplicaron a la explicación de los sucesos las 'luces de su saber, como Alamán, Orozco y Berra, Ramírez y García Icazbalceta; los historiadores extranjeros que seducidos por la belleza del asunto acudieron también a recrearse en el cuadro de nuestra gran epopeya, como los Prescott, los Bancroft y los Robertson; entre todos formaron un ánfora de decires maravillosos que se vuelca ante nuestros ojos asombrados y nos permite tomar, de aquellas gemas, las que más nos atraen, para añadirles aunque sea un poco más de pulimento, poco más de vida, un poco más de brillo. Saludemos, por tanto, cordialmente, a quien dedica su paciente labor a añadir lucimiento a la historia de la Nueva Galicia, que es ese esfuerzo de todos en el pasado en el presente y en el porvenir, el que ha de dar término y conclusión al soberbio joyel a que orgullosamente damos el nombre de nuestra patria, al designarlo, genéricamente, con el nombre de Historia de México.